

## GAUDEAMUS IGITUR

La docta ignorancia es un contrapunto de la sabiduría. Recuerdo haber leído en Tomás de Aquino que al sabio se le reconoce –también– en su silencio<sup>1</sup>. Se entiende: el silencio cuando es el perfil de la palabra. Porque, si no, el silencio es pura ausencia. «La palabra justa evoca la grandeza de la vida, que está sumergida e invisible en todas las cosas, aunque lo infinito irrumpe a través tanto de lo que el poeta dice como de lo que no dice. Lo más importante es el silencio de las palabras después del habla...»<sup>2</sup>.

«Palabras, palabras, palabras» –decía Hamlet con desprecio de la huera inter-relación humana–.

«Lo demás es silencio» –decía Horacio, fiel amigo<sup>3</sup>, recogiendo la sublimidad del momento, una vez que se cerraron los labios del Príncipe de Dinamarca<sup>4</sup>–.

1. «Aunque la sabiduría escondida no sea de provecho, pero no toca al sabio manifestarse en cualquier tiempo, sino en el tiempo conveniente. Se dice en el Eclesiástico: *Hay quien calla porque no tiene qué responder, y hay quien calla esperando su vez*. Así no fue inútil la sabiduría de Cristo, porque a su tiempo la manifestó. Y es señal de sabiduría el ocultarse en el tiempo conveniente» *Summa Theologica*, 3 q.36 a.4 ad 2.

2. Alvaro DE LA RICA, *Julien Green. En lo más profundo del bosque*, Encuentro, Madrid 1999, 92.

3. «If Hamlet's speech –advierte Clarendon– is interrupted by his death, it would be more natural that these words should be spoken by Horatius». Citado en Horace HOWARD FURNESS (ed.), *A New Variorum Edition of SHAKESPEARE. – Hamlet*. Vol. I: *Text*, 13a ed., J.B. Lippincott Co., Philadelphia/Covent Garden, London, 1877&1905, 454, nota 345: *The rest is silence*.

4. Comenta Moberly: «To Hamlet, silence would come as the most welcome and most gracious of friends, as relief to the action-wearied soul, freedom from conflicting motives, leisure for searching out all problems, release from the toil of finding words for thought; as the one language of immortality, the only true utterance of the infinite». Citado *ibidem*. – Me

Pero –ya se ha dicho– no cualquier silencio. La interioridad del sabio cristiano no crece sobre la añoranza. La «iubilatio academica» de un profesor sacerdote no se interioriza en un bergmaniano retorno a aquel rincón donde brotaban las fresas salvajes y se esbozaba el dulce amor. Más bien es el gozo ante la belleza inefable, ante la Verdad siempre más honda, la contemplación compendiosa de horizontes que remiten siempre más allá sobrepasándose a sí mismos.

A ciertas alturas de la vida, la Universidad –más que otros avatares sorprendentes que hayan podido comparecer ante los ojos– puede revelarse como un venero de puro amor: recuerdos de estaciones que han ido sucediendo, tunas, lluvias repetidas, sabidas, interminables, alegría de jóvenes, pensamiento, elevación de miras avizorando el adelante de la vida. ¿Llegará alguna vez la paz perfecta –idilio inefable entre el vivir y el saber–?

El trabajo de las Letras y de la especulación necesita serenidad: mantener con firmeza el timón sin ceder al oleaje de la marea diaria. *In omnibus respice finem*. Y para ello, importa mucho el sentido. Y ¿cuál sería el sentido de una vida universitaria, si no fuese ante todo la búsqueda infatigable de la Verdad? La esencia –incluso la quintaesencia– del saber humano trasciende a saber divino; todo saber (no sólo el saber teológico) se fundamenta –en fin y en principio– en el Logos Divino.

Pero la vida universitaria busca la Verdad en un corazón de juventud inmarcesible, impulsivo, tenaz y auténtico y con frecuencia pudoro-

parece lucidísimo el comentario de S. HILARIO DE POITIERS, *De Trinitate*, Libro IX, nn. 58-75, comentando el pasaje evangélico sobre el conocimiento de Cristo acerca de la Parusía. Pero me fijo en el número 75 donde habla de la *tacendi dispensatio*. «Non itaque ignorat Filius, quod non ignorat Pater; neque quia solus Pater scit, idcirco nescit et Filius: cum in unitate naturae Pater et Filius maneant; quod autem Filius nesciat, in quo omnes thesauri sapientiae et scientiae absconditi sint, *tacendi dispensatio* sit: sicut ipse Dominus testatus est, cum quaerentibus discipulis de temporibus respondit: Non est vestrum scire tempora vel momenta, quae Pater posuit in sua potestate. (...) Sed sacramentum nesciendi, *dispensationem* esse intelligentes *tacendi*, nunc post resurrectionem loquendi tempus iam arbitrantur esse, interrogant. Atque illis Filius non iam se nescire ait; sed quod scire non sit eorum, quia Pater in potestate sua posuerit. Si itaque *Apostoli hoc, quod nescit Filius diem, dispensationem esse intellegunt, non infirmitatem* ...». La *dispensatio* es, por tanto, en este caso una acción providente en la que el silencio profundo del Verbo en quien *se esconden todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia*, manifiesta su augusta e incommunicable identidad en cuanto custodio de la más esencial clave de la historia. El Padre ha dado al Hijo todo su saber. Cuando el Hijo afirma la exclusividad que corresponde al Padre en cuanto al conocimiento de la hora final, no hace sino celar admirablemente la interpretación de la historia que es propia del Juez de vivos y muertos. Por lo demás para Hilario de Poitiers es evidente que si el Padre no ocultó al Cristo el destino de su Pasión y Cruz, sino que se lo comunicó e intimó –como consta patentemente en el Evangelio–, ¿por qué extraña crueldad le iba a hurtar el conocimiento de su futura Gloria y de su Triunfo Final, haciéndoselo esperar y anhelar como a los siervos?

samente encubierto por un goliardesco estilo paródico. Por eso, la tesis de la que desearía persuadir con estas líneas –rasgueadas casi a uña de guitarra– se podría formular así: Junto al arte del buen tunar<sup>5</sup> y en medio de la alegría goliardesca que la universidad de algún modo conserva, la cumbre de las Letras y del progreso científico es contemplativa: consiste en enamorarse de la Sabiduría y en servirla con fidelidad.

Mi discurso se desarrollará en tres partes: I) evocación del trovar y alborotar de los goliardos; II) enseñanza sapiencial de un humanista goliárdico de lujo; III) liquor Sapientiae.

## I. EVOCACIÓN DEL TROVAR Y ALBOROTAR DE LOS GOLIARDOS

*Gaudeamus igitur iuvenes dum sumus*<sup>6</sup>

Me resulta grato escribir aquí como teólogo. O –prefiero mejor– simplemente como clérigo. El dictado de teólogo resulta demasiado for-

5. Dice el Diccionario de la Real Academia que «tunar» es «andar vagabundo en vida holgazana y libre». Y que «tunar» viene de «tuno», y éste del francés *roi de Thunes* (rey de Túnez) usado por el jefe de los vagabundos. O sea, que tuno y goliardo –término que viene probablemente de Golías– son remoquetes estudiantescos. Naturalmente el arte de tunar es el arte de los troveros pertenecientes a tunas universitarias, bien conocidos y alegres. Cfr. Emilio DE LA CRUZ Y AGUILAR, *Libro del buen tunar o Cancamusa prolixa de las glorias y andaduras de una tuna complutense*, Civitas, Madrid 1994. – ID., *Crónicas tunantescas segundas o Memorial de andariegos y vagantes escolares*, Civitas, Madrid 1993. – ID., *La tuna*, ed. Complutense, Madrid 1996. – Cfr. et. Enrique DE ARAGÓN, MARQUÉS DE VILLENA (1384-1434), *Arte de trovar*, en edición de Francisco Sánchez Cantón y de Antonio Prieto, Visor, Madrid 1993. – El fenómeno trovadoresco dista mucho de ser hojarasca meramente sentimental. Sin duda alguna es vehículo expresivo de emociones y pasiones y –en cuanto tal– también del imaginario que ampara y climatiza muchas persuasiones sociales y religiosas. No es fácil determinar hasta qué punto y a qué nivel conectan las redes transmisoras de los influjos recíprocos del trovadorismo y del goliardismo centro y nord-europeo, así como de las sensibilidades peninsulares hispánicas de esas mismas épocas: cantares de amigo, jarchas, zejeles, mwashahas etc. Pero que tal influjo existe, alcanza un grado de obviedad más que notable. Cfr. v.gr., Roger BOASE, *El resurgimiento de los trovadores: un estudio del cambio social y del tradicionalismo en el final de la Edad Media en España*, Pegaso, Madrid 1981. – Asimismo, Feliciano DE CASAS FERNÁNDEZ, *Finíamor y herejía cátera en la poesía trovadoresca*, Universidad Complutense, Servicio de Reprografía, Madrid 1980.

6. Desarrollo mis comentarios al hilo del himno goliárdico *Gaudeamus igitur*, que, por cierto –desde el punto de vista literario–, es un aluvión de aportaciones sin interés especial. Lo mejor del himno es su melodía medieval enriquecida por la musa de Johannes Brahms, que la utilizó en el «finale» de su *opus* 80 titulado *Obertura solemne para un festival académico*, compuesta al serle concedido el doctorado «honoris causa» por la Facultad de Filoso-

mal para lo que aquí y ahora pretendo. Aunque el clérigo es hombre de especulación, de letras y sobre todo de teología.

La teología estuvo siempre en la universidad y estuvo siempre como alma del Alma Mater, que a través de los siglos ha acogido la turgidez inquietante y belicosa de la juventud más despierta. «La idea —escribe Salvador de Madariaga—, de que la religión es una mera actividad como otra cualquiera, generalmente relegada a un domingo ocioso, es pura invención moderna. En el siglo XVI la fe era el espíritu que movía toda la vida y las ciencias no eran más que las doncellas de la reina de todas ellas, la teología. Esta subordinación a la ciencia de Dios, no disminuía en nada el valor de las ciencias del mundo, antes lo aumentaba. La ciencia era objeto de honra y cultivo por parte de los eclesiásticos estudiosos, y no eran pocos los frailes que cultivaban la teología a su modo especializándose en tal o cual rama de lo que hoy consideramos como ciencias naturales: astronomía, física, botánica»<sup>7</sup>.

Todavía en los primeros lustros del siglo XVIII, cuando Mayans y Siscar estudiaba en Valencia —o luego en Salamanca— era frecuente que muchos de los alumnos hubiesen recibido la prima tonsura o alguna de las órdenes menores para disfrutar tal o cual beneficio y costearse sus estudios: o, al menos, para alistarse —sin descartar ser algún día ordenados «in sacris»— en la nómina del alumnado de Filosofía o de Leyes o de cualquiera de las enseñanzas. De hecho, el Mayans de la época salmantina se inscribía entre los manteístas<sup>8</sup>, base social del reformismo de Carlos III. El propio Juan Antonio Llorente —en el último tercio del siglo XVIII— había recibido la tonsura a los 14 años. Era costumbre di-

fía de la Universidad de Breslau (Wrocław, en la Baja Silesia —Prusia en aquel momento—) en 1879. Cfr. Miguel RODRÍGUEZ-PANTOJA MÁRQUEZ, *Gaudeamus igitur*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba 1992, p. XIV.

7. Salvador DE MADARIAGA, *El auge y el ocaso del Imperio español*, Sarpe, I, Madrid 1985, 83.

8. Mayans era clérigo durante sus estudios. Cfr. Antonio MESTRE SANCHIS, *Perfil biográfico de Don Gregorio Mayans y Siscar*, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, Valencia 1981, 22 y 27-28. — Manteísta —dice el Diccionario de la Real Academia definiendo la exacta significación del término en el idioma castellano— es «el que asistía a las escuelas públicas vestido de sotana y manteo, cuando los estudiantes usaban este traje. Llamábase así a la generalidad de los escolares, para diferenciarlos de los que tenían beca en los colegios mayores». — Asimismo resulta ilustrador el término francés «clerc», cuyo significado conserva el recuerdo del prestigio del «mester» de clerecía medieval y renacentista; al par que también significa el oficio menor —también cultural— de empleado de notaría o de bufete de abogado. Significa también, naturalmente, clérigo. — Todavía hoy el traje de los tunos de las estudiantinas en las noches de ronda es de abolengo clerical, como bien percibe el que para mientes en ello.

fundida, que venía desde antaño y que justificaba como connatural la interpretación sacra de la «universitas studiorum».

El «mester» de clerecía había labrado ya en el medievo joyas de reconocido encanto, de ingenuidad e inteligencia bien maridadas, de misticismo sereno, dulce y humano. Había desarrollado también, como epifenómeno de vivo colorido y equívoco sabor, el goliardismo. Aquellos estudiantes que asentaban su existencia en los claustros, vicos y aldeaños de las universidades centroeuropeas en los divertidos siglos oscuros sustentaban el epifenómeno a que me refiero: golfantes, frescales célebres, clérigos giróvagos, alumnos sempiternos que danzaban por doquier disfrutando del vino, del amor, de la poesía y la danza, de los dados y las cartas y hasta de algún ensayo de brujería. La burla, la parodia –sangrante o bufa y tosca, incluso irreverente–, el ritmo impecable, la viola y la flauta, el dinero escaso, el chiste subido: eso es goliárdico<sup>9</sup>. Pero –alarmante sería olvidarlo– esa goliardesca recién descrita es la ganga inevitable: la exhuberancia vital y colectiva –por auténtica y pura que sea– deja siempre tras de sí algún poso de aberrancia. Un algo decepcionante tiene en su seno la humana realidad, que bien se perdona en razón de los fulgores más nobles de la existencia<sup>10</sup>.

Ahora bien, cuando hablamos de poesía y de trova goliardescas es por comodidad: designamos también con ese término las limpias aspiraciones y el frescor universitario que dejó como eco de sus trovares toda una himnódica llena de humor y de lirismo, de gracioso frescor, como si conservase para siempre el rumor de los arroyos de Lille o de los terrenos mojados entre el Mosa y el Mosela o el Rhin o los vergeles de la Seine desde París hasta Normandía. El rumor jubiloso de unos estudiantes que cantan en las tabernas de Honfleur, o que comentan a Chaucer o a Boccaccio allende el canal de la Mancha en las noches del invierno inglés al amparo del estatuto de la «Universitas Studiorum Cantabrigensis» u «Oxoniensis» –por ejemplo–. Lo mejor del goliardismo fue el surgir de un estilo; diríase que «il dolce stile sienese», o el «amour courtois» de los trovadores de Provenza se alargan hacia el norte. Nos parece escuchar la recia voz respirando por la herida de la nostalgia:

9. Cfr. el estupendo y utilísimo manual de goliardismo de Ricardo GARCÍA-VILLOS-LADA, *La poesía rítmica de los goliardos medievales*, Fundación Universitaria Española. Seminario Nebrija, Madrid 1975.

10. Cfr. v.gr., Martín DE RIQUER Y MORERA, CONDE DE CASA DÁVALOS, *Vidas y retratos de trovadores: textos y miniaturas del siglo XIII*, Círculo de lectores, Barcelona 1995.

Suscipe Flos florem  
 quia flos designat amorem.  
 Illo de flore,  
 nimio sum captus amore.  
 Hunc florem Flora  
 dulcissima, semper odora,  
 nam velut aurora  
 fiet tua forma decora<sup>11</sup>.

Con la goliárdica se presenta en sociedad la sensibilidad occidental que nos alumbra. Es una nueva poesía, un alentar y una métrica nuevos. Qué límpidas e inmarcesibles aparecen las páginas de un Ricardo de San Víctor al hablar del Amor. Sensibilidad y lirismo «que van a Misa». Nunca mejor dicho. Hasta Tomás de Aquino aceptó el nuevo ritmo –nueva métrica, desprendida ya de los pies clásicos, rima latina pre-romancesca–. *Bone Pastor, Panis vere, Jesu nostri miserere, Tu nos pascere, nos tuere, Tu nos hona fac videre in terra viventium* –se canta en la secuencia de Corpus Christi<sup>12</sup>–.

11. De los *Cantica Burana*. cit. por R. GARCÍA VILLOSLADA, *ibidem*, 147. – Cfr. et.: Wilhelm MEYERS, *Carmina Burana*, Ed. crítica, vols. I, 1-2; I, 3; y II, 1, ed. Winter, Heidelberg 1930, 1970 y 1961. – Fleur ADCOCK (ed.), *Hugh Primas and the Archpoet*, edición crítica, Cambridge University Press, Cambridge (England)/New York 1994. – Patrick Gerard WALSH (ed.), *Thirty poems from the Carmina Burana*, Bristol Classical Press, Bristol 1997.

12. Ciertamente los goliardos se pasaron de rosca en multitud de ocasiones y de ambientes. Cfr. v.gr., las interesantísimas páginas de introducción de Vito PANDOLFI, *Le spurie origini del nostro teatro drammatico*, en Vito PANDOLFI & Erminia ARTESE (eds.), *Teatro goliardico dell'Umanesimo*, edición crítica de diversos autores, Lerici editori, Milano 1965, Pero pasados los años y siglos –que es mucho más que años y leguas–, perdido ya el contexto de idiocia y necedad que muchas veces recurría a la ruptura del sistema vigente mediante la parodia, han quedado piezas literarias graciosas que incluso cabría interpretar con ternura. No me resisto a aducir el siguiente *himnus ad vespere*: correspondiente a una de las fiestas del Asno que se celebraban en el día de Inocentes, o al final del año o a su comienzo:

«*Orientis partibus-adventavit asinus-pulcher et fortissimus-sarcinis aptissimus.*

*Hez, Sir Asne, hez!– Hic in collibus Sichen-enutritus sub Ruben-transiit per Jordanem, saliit in Bethlehem.*

*Hez, Sir Asne, hez!– Saltu vincit hinnulos,-dagmas et capreolos,-super dromedarios-velox Madianeos.*

*Hez, Sir Asne, hez!–Aurum de Arabia,-thus et myrrham de Saba-tulit in ecclesia-virtus asinaria.*

*Hez, Sir Asne, hez!–Dum trahit vehicula-multa cum sarcinula, -illius mandibula-dura terit pabula.*

*Hez, Sir Asne, hez!–Cum aristis hordeum-comedit et carduum,-triticum a palea-segregat in area.*

## II. ENSEÑANZA SAPIENCIAL DE UN HUMANISTA GOLIÁRDICO DE LUJO

*Pereat Academia, pereant professores...?*

o

*Vivat Academia, vivant Professores...?*

Por supuesto:

*Vivat Academia, vivant Professores...!!!*

(Lo primero es para la taberna tan sólo.)

Un gran goliardo fue Enea Silvio Piccolomini –Aeneas Silvius ex Piccolominibus, como le designa la documentación cancilleresca y áulica–: personalidad encantadora y plenamente renacentista que se llamó Pío II –sugerido el nombre por el «pius Aeneas» de Virgilio– al ocupar el Solio de San Pedro y que fue quien canonizó a Santa Catalina de Siena. Él nos cuenta graciosamente con ese intimar castizo –que tantas veces ha sido propio de la nobleza de los países mediterráneos: de Milán a Nápoles, de Nápoles a Valencia– cómo habiendo sido dotado de medianas luces por la madre Naturaleza accedió no obstante al brillo de la inteligencia en su temprana niñez gracias tal vez a un golpe tremendo que en lugar de muerte le proporcionó antenas para captar la alborada de la «rinascità»: «Yo era un niño despierto y con buena memoria, tal vez por accidente –son sus palabras–. Resulta que cuando tenía tres años y mientras jugaba con otros niños de mi edad, me caí de un muro muy alto sobre unas rocas. La enorme herida que me hice en la cabeza fue curada habilmente por mi padrino, Niccolò da Monticoli, un médico sin estudios, un empírico como se dice hoy. Quienes conocen este hecho sostienen que aquel tremendo golpe espabiló mi memoria. Lo cierto es que tenía facilidad para la gramática, y podía aprenderme sin gran esfuerzo, al pie de la letra, los versos y párrafos que me entregaba mi padre, y su colaborador en mi educación, el párroco de la aldea Pietro»<sup>13</sup>.

*Hez, Sir Asne, hez!-Amen dicas, Asine,-iam satur de gramine.-Amen, amen itera,-as-pernare vetera.*

*Hez, Sir Asne, hez!* G.M. DREVES, *Analecta hymnica Medii Aevi*, Minerva G.M.B.H., Frankfurt/Main, reimpresión de la de Leipzig, XX, 1961, 1894, 217-218.

13. Pío II, *Así fui Papa*, traducción y adaptación de Antonio Castro Zafra, Argos Vergara, Barcelona 1980, 18. «Hablando de golpes, bueno es contar aquí otro que recuerdo todavía: a los ocho años, uno de los bueyes, furioso no sé por qué, arremetió contra mí con tal violencia que me lanzó por los aires bien alto, y me pateó cuando caí.

Alteza de miras, ambición de poder, recuerdos de la pasada gloria de familia, contacto con la naturaleza a nivel de los labriegos en alter-nancia con la brillantez aristocrática de los castillos, el colorido y gracia de los ropajes, el estímulo de los perfumes acompañado de esplendores femeninos: raíces todas que alimentan la seriedad cazarra del Piccolo-mini. Grande sencillez, además, la de su alma, climatizada por el frescor y dulzura de los valles de Siena. En pleno siglo XV era un goliardo. Si alguien dudase de su legitimidad goliárdica ahí está su comedia *Chrisi-de*<sup>14</sup> para demostrarlo. *Chriside* justifica la exclamación del joven Enea Silvio cuando en Basilea le querían hacer sacerdote por razones políticas: «Timeo castitatem!»<sup>15</sup>. El joven conservaba, pese a todo, un sagrario de honradez. Más adelante la misma edad le permitirá una castidad que no es fácil catalogar como virtud acendrada, sino más bien como logro senequista: «Las causas que me impidieron recibir honestamente las órdenes sagradas en Basilea, cuando iba a reunirse el cónclave que eligió luego a Félix, habían desaparecido; y aquel “temo a la castidad”, que entonces había presentado como razón suprema de mi rechazo, no era ya problema para mí»<sup>16</sup>.

Pasaron los años y su vida se consumió guerreando por liberar a la Santa Sede y a la Iglesia del peligro del Turco. Cumplió con el más noble empeño que imaginar pudiese un cristiano a caballo entre el Medioevo y la aurora de la Europa Moderna: insuflar en el pueblo la cultura nueva. Al fin, el sereno Piccolomini —temple principesco— iba a fallecer arrepentido de las ignorancias de su juventud: «Pórtate bien, hijo —intimó al cardenal Ammannati que lloraba junto a su lecho—, pórtate bien. Y reza por mí»<sup>17</sup>. Luego murió.

Entre los influjos recibidos en su juventud reconocía el Piccolomini el de «un franciscano santo», adornado de «extraordinaria formación literaria»: Bernardo era desde la pila, aunque las multitudes le reconocían por el cariñoso diminutivo de Bernardino: Fra Bernardino da Siena; así fue canonizado y pasó a la Liturgia. Fue en Corsignano, junto a Siena, durante las vacaciones del Studium Generale, donde el joven estudiante escuchó por vez primera la predicación del fraile. Eneas —ape-

Estoy convencido de haber escapado entonces a la muerte más por la ayuda divina que por las hierbas que me hizo beber mi padrino Niccolò». *Ibidem*.

14. Cfr. edición crítica ENEE SILVIJ poete, *Chrysis* en V. PANDOLFI & E. ARTESE, 311-421.

15. Cfr. *ibidem*, 59.

16. *Ibidem*, 104.

17. *Ibidem*, 344.



nas frisaba por entonces en los veinte años— se iba haciendo experto en los códices anotando y aprendiendo de memoria a Cicerón y Virgilio sobre todo; pero también a Terencio, Ovidio, Propertio y Plauto. Las palabras de Fra Bernardino le parecieron nuevas. Muy nuevas e incluso inspiradas hasta niveles de osadía. Pasaba una cosa: estaban enfrentados el elemento estudiantil y las autoridades académicas del Studium Generale de Siena. Los estudiantes, en pro del Latín, de la Poesía y de las Letras. Las autoridades, en contra de la cultura latina «considerando despectivamente que sólo la aristocracia apoya la poesía y la oratoria». Semejante oposición procedía de ridículas motivaciones políticas: órdenes severas del gobierno de Siena, que en apasionamiento democrático se enfrentaba —por razones clasistas— al saber de la Roma clásica. Pobre Fra Bernardino da Siena! ¿Qué podría decir él ante semejante conflicto...? Él, que era ya famoso por sus recursos diametralmente opuestos al paganismo clásico: las «quemadas de vanidades» que a veces organizaba con un inquisitorial talante eran celeberrimas: hogueras en las que ardían naipes, tableros de ajedrez, dados y libros obscenos, grabados, así como trenzas y adornos femeninos. Las ciudades se conmovían profundamente. Pero, por contraste, su oratoria era cálida y atractiva; su verbo embestía contra odios, enemistades y venganzas; pero se hacía manso y dulce al par que abrasador cuando evocaba e invocaba el Nombre de Jesús. Las palabras del santo —inesperadamente— consolaron ya entonces al inquieto estudiante. Al Piccolomini, además, le rondaba un caso de conciencia: pensaba a veces con sobresalto que tenía que ser fraile. Lo consultó con Fra Bernardino; pero el fraile santo «conocía bien mis virtudes y defectos; no le oculté la atracción que sentía por las jóvenes y —a su tiempo— había sabido de mi primer amor por una joven que no me correspondía, a pesar de mis fogosos versos latinos!».

Pasaron dos años desde los días de Corsignano. Corría el 1427. El futuro Pío II contaba 22 de su edad, cuando fue por primera vez a Roma. La Urbe no llegaba a 20.000 habitantes: las ruinas de los tiempos clásicos que fueron gloria de la Capital del Imperio rodeaban la serena humildad de los sepulcros de Pedro y Pablo. Allí encontró el Piccolomini por segunda y definitiva ocasión a Fra Bernardino. Le abordó para solucionar su escrúpulo de conciencia. Creía ahora haber hecho voto de entrar en religión: «Tú no tienes vocación de fraile —respondió Fra Bernardino—, y esto no es una desgracia. Regresa a las cosas del mundo para las que has nacido». «Con sus palabras —continúa contándonos Pío II— recuperé la paz y una inmensa alegría, propia de quien sabe lo que tiene que hacer en la vida».

Pero no es esto todo. El santo continuó luego hablando: enjuiciaba con dureza la postura de quienes se oponían a las Letras: «Ama —decía—, ama la ciencia de las Letras, que son regalo de Dios. Cuanto más trabajes en ellas, tanto más estarás en gracia de Dios. Porque quien estudia se deleita siempre en la virtud y hace que ésta aparezca con más fuerza en el mundo». Insistía Piccolomini en subrayar las dificultades de Siena que todavía perduraban: «volvió a reiterarme que mi puesto estaba en las Letras. ... Luego me entregó una de sus famosas tablillas con el monograma de IHS y detrás de ella escribió estas palabras: *Diventerai uomo, ove saresti un zero senza lo studio* (Llegarás a hacerte un hombre, pero serías un cero sin el estudio). Y como resumen del recuerdo de aquellos días, estas palabras del santo franciscano: «El estudio es una gloria, y el mayor amigo que tiene el demonio es el hombre ignorante y ocioso»<sup>18</sup>.

### III. LIQUOR SAPIENTIAE

#### *Semper sint in flore*

Pero la ciencia es para darla. La sabiduría y el pensamiento son para Dios, ante todo, y luego para rebosarlo sobre los hombres, sin envidia.

Como dice San Juan de la Cruz: «Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo; por tanto sólo Dios es digno de él»<sup>19</sup>. El pensamiento, más que la palabra que empieza y termina. El pensamiento, que nunca acaba: el pensamiento del que escucha en silencio. La sabiduría del silencio: «Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma»<sup>20</sup>. En el principio existía la Palabra... No me gusta esa traducción. Las palabras se las lleva el viento. Se dicen y terminan. Dura más el pensamiento. «*Sermo intellectualis intimus ...*» Dura más el saber. «*Verbum hoc res est, non sonus; natura, non sermo; Deus, non inanitas est*»<sup>21</sup>.

18. *Ibidem*, 20-24.

19. S. JUAN DE LA CRUZ, *Dichos de Luz y Amor. Avisos y sentencias espirituales*, 32, en ID. *Vida y obras de —*, con la biografía compuesta por CRISÓGONO DE JESÚS, OCD, 3ª ed. BAC, Madrid 1955, 1266.

20. *Ibidem*, 97, en o.c. 1271.

21. S. HILARIO DE POITIERS, *De Trinitate*, lib.II, 15.

Cuando, en el profeta Malaquías, Yahveh Sebaot evoca ante los sacerdotes de Israel la personalidad de Leví como una referencia en que debe mirarse la familia sacerdotal afirma: *Mi alianza era con él vida y paz, y se las concedí, era temor y él me temía y ante mi Nombre guardaba reverencia. La ley de verdad estaba en su boca, e injusticia no se hallaba en sus labios; en paz y en rectitud caminaba conmigo, y a muchos recobró de la culpa. Pues los labios del sacerdote guardan la ciencia y la Ley se busca en su boca; porque éi es el mensajero de Yahveh Sebaot* (Mal 1, 5-7).

Ciencia y saber que son amor. Los ojos de la Fe, los ojos de la Sabiduría y los ojos corporales son de una coherencia tan admirable que se excluye toda descoordinación, toda visión doble.

Decía Pascal que el arte de persuadir dice relación a la naturaleza del humano conocimiento. Los mensajes nocionales –doctrinas u opiniones– son recibidos en el alma por las dos únicas vías que corresponden a las facultades espirituales: entendimiento y voluntad. En principio, a lo nocional se adecua y proporciona la vía intelectual de suerte que el hombre nunca debiera admitir sino aquello que se le demuestra: consta sin embargo que en tantas ocasiones –incluso la mayor parte de las veces o casi siempre– resulta definitiva la vía consensual o el atractivo que ejerce la fuerza del agrado. Pascal excluye de esta consideración las verdades reveladas inasequibles a la infalibilidad comprobable de los métodos propios del «esprit géométrique», para las que –por tanto– no se hizo el arte de persuadir, ya que superan infinitamente la naturaleza. «Dios solo puede ponerlas en el alma y por la manera que a Él le plazca. Yo sé que Él ha querido que ellas entren por el corazón en el espíritu y no por el espíritu en el corazón, para humillar esta potencia racional y soberbia, que pretende erigirse en juez de lo que la voluntad elige, y para curar esta voluntad enferma totalmente corrompida por los afectos impuros»<sup>22</sup>.

Se percibe la diferencia semántica entre «convincere» y «persuadere». «Convincere» sugiere connotaciones litigiosas y, al cabo, triunfales. «Persuadere» sugiere el atractivo amoroso: se persuade al amigo, se convence al contrincante.

El exquisito film de José Luis Garci –que labra su éxito sobre el cuento de Gregorio Martínez Sierra y la preciosa canción de cuna irlandesa hecha célebre desde que la inolvidable película de Leo McCarey, *Sí-*

22. BLAISE PASCAL, *De l'art de persuader*, en ID., *Oeuvres Complètes*, texte établi, présenté et annoté par Jean MESNARD, III, Desclée de Brouwer, Paris 1991, 413-417.

*guiendo mi camino* pasase por las pantallas con memorable éxito— evoca una experiencia humana muy comprobada: saber mirar es saber amar. Lo había dicho, ya hacía siglos, con otras palabras Ricardo de San Víctor: *Oculus est amor*. El amor es ojo<sup>23</sup>.

Por eso no creo que sea verdad —simple y estrictamente verdadero, quiero decir— que «el amor es ciego». Y mucho menos, si me refiero al Amor que es el aliento de la Sabiduría. Tampoco es míope. Por eso acepto con alguna restricción la enseñanza del maestro de Carrasqueda que Unamuno nos cuenta: «Discurrid con el corazón, hijos míos, que ve muy claro, aunque no muy lejos. Te llaman a atajar una riña de un pueblo, a evitarle un montón de sangre, y oyes en el camino las voces de angustia de un niño caído en un pozo: ¿le dejarás que se ahogue? ¿le dirás: «no puedo pararme, pobre niño; me espera todo un pueblo al que he de salvar?». No! Obedece al corazón: párate, apéate del caballo y salva al niño. El pueblo... que espere! Tal vez sea el niño un futuro salvador o guía, no ya de un pueblo, sino de muchos»<sup>24</sup>.

Los ojos son como las ventanas por las que se asoma el alma. De ahí, la profundidad de su misterio.

El ojo que ves no es  
ojo porque tú lo veas;  
es ojo porque te ve<sup>25</sup>.

Se afirma la objetividad de la contemplación del contemplador que me contempla. Pero no sólo eso. Como es habitual en el genio de Machado se percibe una polisemia que nos lleva al misterio de la presencia de otro ser que me mira. El ojo no es un botón de flor en eclosión de vida. No es pura belleza física. El ojo es revelación del alma —en cierto modo—. Como está el alma, están los ojos. De tal modo que la simple mirada puede constituir una agresión. O puede también equivaler a un beso. O a la más pura complacencia. O reclamar los tormentos del

23. «Castus profecto columbinusque oculus amor est... Iste est oculus qui non clauditur... Oculus rectus, oculus vere dexter quem nulla seorsum avertit sinistra intentio... Amor oculus est, et amare videre est. Et horum duorum dexter oculus est amor qui requirendo vulnerat... Sublato enim amore, qui dexter oculus est, ad solum errorem remanet intellectus...» RICHARDUS DE SANCTO VICTORE, *Tractatus de gradibus charitatis*, PL, CXCVI, 1202-1203.

24. MIGUEL DE UNAMUNO, *El Maestro de Carrasqueda*, en ID., *Obras Completas*, II, Biblioteca Castro, Turner, Madrid 1995, 519.

25. Antonio MACHADO, *Proverbios y Cantares*, I, en ID., *Poesías Completas*, 16ª ed. Austral nº 33, Espasa Calpe, Madrid 1991, 289.

amor. De los ojos, de su tópico distinguido y tradicional cual ninguno, toda una ciencia se encierra en esos diez versos de Cetina que componen el madrigal más bello de la literatura castellana<sup>26</sup>.

Ojos claros serenos,  
 si de un dulce mirar sois alabados,  
 ¿por qué si me miráis, miráis airados?  
 Si, cuanto más piadosos,  
 más bellos parecéis a aquél que os mira,  
 no me miréis con ira  
 porque no parezcáis menos hermosos.  
 Ay tormentos rabiosos!  
 Ojos claros, serenos,  
 ya que así me miráis, miradme al menos!<sup>27</sup>.

Cierto es que los ojos pudieran ser falsos como la personalidad que esconden. O que su físico esplendor esté al servicio de intereses muy inferiores a la nobleza del destino inmortal que transpasa al ser humano<sup>28</sup>.

26. Fernando de Herrera, aun reconociendo la calidad soberana de sus versos, reprende en Cetina su especialización en el lirismo de suave dulzura y terneza, su renuncia al nervio y al vigor y, en definitiva, su pereza que le mantiene siempre en moldes poéticos bien dominados, pero igualmente manidos. Cfr. Víctor MONTOLÍ BERNADAS, *Introducción a la Obra de Gutierre de Cetina*, Promociones y Publicaciones Universitarias (PPU), «Lecturas Hispánicas Universales» 22, Barcelona 1993, 47-51.

27. GUTIERRE DE CETINA, *Sonetos y madrigales completos*, edición crítica preparada por Begoña LÓPEZ BUENO, 2a. ed. Cátedra, «Letras Hispánicas» 146, Madrid 1990, 131. – Julio CEJADOR, en su *Floresta*, II, 1183, presenta este bello poema en cuartetos, inspirado en el madrigal de Cetina: Ojos por quien yo suspiro – abrasado en vivo fuego: – si os miro me dejáis ciego – y estoy ciego si no os miro. / Que viendo esa luz serena – mi alma se desfallece; – no viéndola no parece – a mis ojos cosa buena. / Ojos, pues muerdo en quereros – y darme vida podéis, – haced ya que me miréis – de suerte que pueda veros... / Ojos benignos y bellos, – miradme, aunque con desvíos, – pues no hay más luz en los míos – de cuanto les dais a ellos. / Y aunque para atormentarme – basta mirarme con ceño, – es tormento muy pequeño – respecto de no mirarme. / Ojos limpios que en ser claros – el sol más alto pasáis, si esos rayos no templáis, – ¿quién podrá cual sois miraros?... / Dad siquiera una señal – a mis tormentos rabiosos, – mostraos un rato amorosos – por entretener mi mal... Citado por Eduardo M. TORNER, *Lírica hispánica. Relaciones entre lo popular y lo culto*, Castalia, «La lupa y el escalpelo» 5, Madrid 1966, 54. Cfr. et. el estudio de la misma B. LÓPEZ BUENO, *Gutierre de Cetina, poeta del Renacimiento español*, Publicaciones de la Diputación de Sevilla, Sevilla 1978. Con respecto al madrigal *Ojos claros serenos*, las páginas 243-251 son de referencia obligada.

28. Sin duda alguna, habida cuenta del parentesco que enlaza las estructuras psicológicas de la poesía y del chiste, el tópico de los ojos y de la mirada puede tornarse chistoso o irónico y caricaturesco. Por ejemplo, el madrigal de Cetina adquirió ya durante el XVI una popularidad sumada a la merecida por su perfección literaria, merced a la ins-

Los ojos, como la conciencia, se realizan en su propia responsabilidad. Los ojos miran, leen, seducen, guían, lloran, ríen y sonríen, aman. Se comprende la aptitud de un tópico tan ardiente para tornarse en expresión espiritual.

El texto evangélico se refiere a los ojos y a la mirada de Jesús en honda significación: Esto dijo Jesús, y levantando los ojos al Cielo... (Jo 17, 1) «¿Es mucho descubrir –medita A. Orbe– en el gesto de los ojos de Jesús un acto sacerdotal? Al dirigirlos al Cielo, forzaba al Padre con el encanto de su hermosura a llovernos gracia... Pudo Jesús no abrir la boca, y hubiera hablado al Padre su silencio. Uno es libre para definir encantos donde tantísimos hay. Yo escojo el sesgo de la mirada de Jesús. El misterio a que nunca supo resistir el Padre»<sup>29</sup>. Los ojos son como el portero del Castillo Interior. *La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras. Y, si la luz que hay en ti es oscuridad, qué oscuridad habrá!* (Mt 6, 22-23).

Naturalmente la materialidad de los ojos, la luz física que los ilumina o las tinieblas que los envuelven significan otra luz espiritual que es la luz de la Fe y en tal sentido puede decirse que no hay peor ciego que el que no quiere ver: *He venido yo a este mundo para un juicio: para que los que no ven vean y los que ven se vuelvan ciegos* (Jo 9, 39). Así que entre los ojos del cuerpo y los ojos de la Fe existe una relación análoga a la que asimismo existe entre la Razón y la Fe. En realidad lo que los ojos del hombre contemplan es analizado y asimilado por la luz de la razón: de donde la visión ocular humana se eleva –en ese sentido– a visión racional.

En un misterioso relato del yahvista que nos transmite el libro del Génesis se presenta una lucha física cuerpo a cuerpo de Jacob contra un

piración del compositor Francisco Guerrero, que le puso música con acompañamiento de vihuela. Desde muy antiguo, Euterpe y Polimnia son hermanas muy bien avenidas. – Por otro lado, recoge B. López Bueno unas líneas sacadas de *Las seiscientas apoteogmas* de JUAN RUFO, patentemente cómicas: «A unas damas que estaban cantando les pidió cierto gran señor bizco que cantasen *Ojos claros, serenos*. Y otro de los circunstantes dijo: ¿Cómo se acordó ahora Fulano desta vez? Respondió: Cada uno pide lo que ha menester.» B. LÓPEZ BUENO, *Cetina, poeta del Renacimiento español*, 248. – Javier Tomeo ha escrito unas narraciones preciosísimas con el asunto de los *problemas oculares*, guiadas por el acierto de una interpretación metafórica de gran tacto.

29. Es muy hermoso el comentario de A. ORBE, *Oración sacerdotal. Meditaciones sobre Juan 17*, BAC, Madrid 1979, sobre el versículo y *levantando sus ojos al cielo...* (Jo.17, 1). Cfr. pp. 11-15.

adversario de rango divino cuyo nombre no se pronuncia porque es el mismo Yahveh:

Y se quedó Jacob solo.

Un hombre estuvo luchando con él hasta rayar el alba.

Y al ver aquel hombre que no le podía, le alcanzó en la articulación del muslo en su lucha con él.

Y le dijo el hombre: «suéltame, pues va a rayar el alba».

Le contestó: «No te soltaré hasta que no me bendigas».

Entonces le preguntó: «¿Cómo te llamas?».

Respondió: «Jacob».

Le dijo: «No te llamarás más Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con hombres y has podido».

Jacob le preguntó: «Por favor, dime tu nombre».

Le contestó: «Por qué preguntas mi nombre?».

Y le bendijo allí mismo. (Gen 32, 25-30)

El comentario que San Hilario dedica a este pasaje revela la brillantez que siempre ha sido adorno de las Galias. Insiste el Santo Doctor en considerar estas teofanías del Antiguo Testamento —en las que Dios se aparece como un hombre igual que nosotros e incluso más débil— como parte de la dinámica de acercamiento de Dios al hombre que culminará en la Encarnación. En el contexto de esa perseverante e intensa consideración —que le sirve de proa doctrinal en su controversia con los arrianos— deben comprenderse sus palabras: «Santo y bienaventurado patriarca Jacob, valeroso en la lucha con el hombre, muéstrate aún más fuerte en tu súplica para que te bendiga. Pero ¿qué es eso de suplicar a un débil? ¿Qué esperas de uno que tiene menos fuerza que tú? Tú que eres más fuerte, estrujas entre tus brazos a aquel cuya bendición imploras. Lo que realizas con tu mente no concuerda con la expresión de tu cuerpo. Tu sentir es muy superior a la gesta realizada. En el curso de tu lucha sujetas a un hombre débil. Mas para ti ese hombre es Dios verdadero...Luchas con un hombre, pero ves a Dios cara a cara. No ves con los ojos de tu cuerpo lo que contemplas con la visión de tu fe. Hombre débil es, según tu propia condición; pero tu alma ha sido salvada por el Dios que has visto. ... Se te somete el hombre según la carne, prefigurando el misterio de la pasión en la carne; para alcanzar el misterio de la salvación en el Espíritu»<sup>30</sup>.

30. «...sancte et beate patriarcha Iacob, et in lucta hominis invalescens, benedici et ab eo fortior deprecare. Quid istud est quod imbecillum oras, quod ab infirmo exspectas? Hunc cuius benedictiones rogas, complexu tuo validior elidis. A gestis corporis tui, men-

En los ojos y en sus gestos se concentra el deseo de los amadores y en ellos se cifra el éxtasis espiritual que funde en uno a los que se aman. «Castus profecto ... columbinusque oculus amor est», hemos oído decir a Ricardo de San Victor. Para el monje medieval acostumbrado a la lectura de las Santas Escrituras, el simbolismo de la paloma traslada a las esferas místicas, a los epitalamios antológicos del *Cantar de los Cantares*. Es hablar del matrimonio espiritual: «Una est columba mea, perfecta mea... electa» (Cant 6, 8). «Surge, propera, amica mea, columba mea» (Cant 2, 10) «Aperi mihi soror mea, amica mea, columba mea...» (Cant 5, 2)

Entre las cumbres de la literatura castellana, ninguna tan pura y tan auténticamente mística como los poemas de San Juan de la Cruz. Fernando de Herrera no hubiera dicho jamás que el frailecico de Ontiveros carece de nervio: más bien, el lector que se engolfa en los adentros de las liras del Cántico Espiritual –florecedo de referencias del Cantar de los Cantares– se pasmará ante un misterio: el de un fraile carmelita con una experiencia de amor honda, vigorosa y estremecida cual ninguna. Y aquí de nuevo los ojos de la Esposa y el mirar del amante vuelven a ser tópico ardiente.

Apaga mis enojos,  
pues que ninguno basta a desfacellos,  
y véante mis ojos,  
pues eres lumbré dellos  
y sólo para ti quiero tenellos<sup>31</sup>.

Oh cristalina fuente,  
si en esos tus semblantes plateados  
formases de repente  
los ojos deseados  
que tengo en mis entrañas dibujados!<sup>32</sup>.

tis tuae opus dissidet: aliud enim quam agis sentis. Tenes in gestu luctae tuae hominem infirmum: sed hic tibi homo Deus verus est, non ex nuncupatione sed ex natura. ... Cum homine luctaris: sed Deum facie ad faciem vides. Non hoc oculis tui corporis cernis, quod visu fidei tuae sentis. Infirmitas secundum te homo est: sed anima tua secundum visum Deum salvata est. ... Subditur tibi secundum carnem homo, ad mysterium passionis in carne: Deum in carnis infirmitate non nescis, ad sacramentum benedictionis in Spiritu». S. HILARIO DE POITIERS, *De Trinitate*, lib.V, 19. – Acepto sólo parcialmente la traducción de Ladaria –habitualmente perfecta–. Cfr. SAN HILARIO DE POITIERS, *La Trinidad*, edición bilingüe preparada por Luis LADARIA, BAC, Madrid 1986, 209-210.

31. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual*, Xª canción.

32. *Ibidem*, XIª canción.



Recuerdo que escuché decir a Marcello Mastroiani –preguntado sobre los efectos del amor–: l'amor è un rapporto trafigurante tra l'uomo e la donna. ¿Quién no ha experimentado alguna vez la fuerza transfigurante del amor puro?

Se pregunta Tomás de Aquino qué fue primero en términos absolutos: ¿el conocer o el ser? O sea: ¿las cosas existen y, porque existen, es posible conocerlas? o bien ¿lo primero fue el entendimiento que las hizo posibles y, seguidamente, de acuerdo con el entendimiento, pasaron a ser realidad?<sup>33</sup>. Lo primero –responde– es el entendimiento, y sin entendimiento nunca hubieran existido las cosas. Lo primero de todo, entiéndase bien, es el entendimiento divino, y de acuerdo con el arquetipo primordial advino el ser de cuanto existe en la creación. Antes de la constitución del mundo existía la Sabiduría y con ella el Infinito Amor.

Mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura  
y, yéndolos mirando,  
con sola su figura,  
vestidos los dejó de hermosura<sup>34</sup>.

Y comenta el frailecico teólogo: «Según dice San Pablo, el Hijo de Dios es resplandor de su Gloria y figura de su Substancia (Heb 1,3). Es, pues, de saber que con sola esta figura de su Hijo miró Dios todas las cosas, que fue darles el ser natural, comunicándoles muchas gracias y dones naturales, haciéndolas acabadas y perfectas, según dice en el Génesis por estas palabras: Miró Dios todas las cosas que había hecho, y eran mucho buenas (Gen 1, 31). El mirarlas mucho buenas era hacerlas mucho buenas en el Verbo, su Hijo»<sup>35</sup>.

Y así también sucede en el orden de la gracia sobrenatural. La fuerza de los ojos de Cristo que es la Sabiduría encarnada parece arrebatar el amor de todos los redimidos:

33. *Summa Theologica*, I, q.16 a.1.

34. *Ibidem*, va canción. – Por lo demás, el poder creativo (analógicamente hablando) que es propio de la mirada humana es un excelente tópico de gran efecto: «... nada existe si no lo miramos bien. Mirar una cosa es construirla en uno mismo. Hay que poseer aquello que se mira, llevarlo con uno, no olvidarlo». JULIEN GREEN citado por A. DE LA RICA, 109-110.

35. *Ibidem*, Comentario en ID., *Obras Completas*, 936. Por lo demás, el valor de los ojos como órganos de amor y como delectación posesiva y camino del Éxtasis –acto propio del amor– es, como ya se ha mostrado, de abolengo indiscutible. Cfr. v.gr. S. GREGORIO NISENO, *Oratio 6. De beatitudinibus*. PG 44, 1266-1267.

Cuando tú me mirabas  
 su gracia en mí tus ojos imprimían;  
 por eso me adamabas,  
 y en eso merecían  
 los míos adorar lo que en ti vían<sup>36</sup>.

En definitiva: la Sabiduría se expresa tantas veces en el silencio. No en el silencio del que no tiene nada que decir, sino en el silencio de la intimidad comunicativa y feliz. «Considero yo muchas veces, Cristo mío, cuán sabrosos y cuán deleitosos se muestran vuestros ojos a quien os ama, y Vos, bien mío, queréis mirar con amor. Paréceme que sola una vez de este mirar tan suave a las almas que tenéis por vuestras, basta por premio de muchos años de servicio. Oh váleme Dios, qué mal se puede dar esto a entender, sino a los que ya han entendido cuán suave es el Señor!»<sup>37</sup>.

\* \* \*

Creo haber divagado con sentido haciendo de mi escrito una invitación a la Sabiduría que es alimento supersustancial. Desde él cunde la alegría por las venas más recónditas que dan razón y fundamento a la existencia del hombre.

36. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual*, XXXIIª canción.

37. SANTA TERESA DE JESÚS, *Exclamaciones* 14. Cfr. *Obras Completas*. Edición manual. 2ª ed. de EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS OCD/Otger STEGGINK O CARM, BAC, Madrid 1977, 495.